

## La llave en la cerradura

Inda Serrot

La noche es oscura y silenciosa. A mi lado duerme mi hermana Lupe. Hoy, como casi todas las madrugadas, me ha sucedido lo mismo: mi sueño profundo se interrumpe en el preciso momento en que escucho con toda claridad cómo la llave entra en la cerradura, da la vuelta y la puerta se abre. Mi corazón empieza a latir apresuradamente ¡Dios mío, parece que se va a salir de mi pecho! Y mis sienas: palpitan de tal forma que sin duda pronto estallarán. ¡Santo Dios! ¿Qué irá a suceder?

La puerta de nuestra recámara se abre de golpe y, al mismo tiempo que sentimos el jalón de las cobijas con las que estamos cubiertas, se escucha la ebria voz de mi padre: “¡Quiero saber a quién chingados esconden aquí!”. El horror nos invade; nos sentamos en la cama con nuestros rostros pálidos y demudados por la impresión. El borracho se aleja vociferando palabras incoherentes. Entonces mi hermana y yo recogemos las cobijas, nos cubrimos con ellas y nos abrazamos llorando.

Luego en el cuarto de al lado se escucha esa tan temida voz de mi padre insultando a mamá, ella permanece en silencio; oímos el llanto del bebé que ha despertado a causa del alboroto, enseguida mi padre se retira a su recámara. Por un rato el miedo me paraliza, luego me voy tranquilizando mas no logro conciliar el sueño; las ideas se arremolinan en mi mente de niña. ¡Cómo quisiera que el tiempo transcurriera pronto! Que pasaran cinco o diez años y que todo cambiara. Un día de estos conoceré a un gran hombre, no se parecerá en nada a mi padre, me voy a casar con él y todo será diferente. Entonces conoceré la felicidad.

Soñando quimeras el alba me sorprende y cansados por la vigilia mis ojos se cierran.

“¡Luz, Luz!”. Se escucha la voz de mi abuela que viene llegando de su casa. “¡Válgame Dios! ¿Por qué no se han levantado?”. Escucho el arrastrar de su pierna. Salto de la cama y comienzo un nuevo día.

Así transcurrieron muchas de las noches de mi vida, desde mi infancia hasta que dejé la casa paterna para casarme.

Mi padre siempre buscaba motivos para molestar; creo que esos fueron los momentos de mis más prolongados silencios: cuando el miedo me paralizaba y enmudecía. Nunca me atreví a levantar la voz a papá. Asimismo guardé silencio con respecto a mamá, pues jamás le cuestioné acerca de la tolerancia y mansedumbre que siempre mostró ante mi padre, ya que ni ella ni nadie protestaba cuando él al llegar aventaba cosas, golpeaba puertas o discutía. Nosotros debíamos callar y escuchar algún acontecimiento que contaba y repetía cuantas veces le daba la gana; debíamos oírlo hasta que, cansado y borracho, se dormía.

Hace poco tiempo leí un cuento contemporáneo que se titula *El montón*. Durante todo el relato, el hijo mayor le llama a su padre “el cabrón”, ya que todas las acciones que el padre realiza son tan desagradables, que el muchacho no puede usar otra palabra para referirse a su progenitor. Leí y volví a leer ese cuento varias veces y no pude sino recordar a mi padre con gran tristeza.

Papá falleció a la edad de ochenta años. Nunca dejó de beber alcohol. Fui la única que estuvo a su lado hacia el final de su vida y sus últimas palabras fueron: “Hija, tráeme mi botella de vino que tengo a un lado del buró”.

A la fecha, antes de dormir soy yo la que cierra la puerta de mi casa cuando ya llegaron todos; lo hago para asegurarme de que nadie más va a venir a meter la llave en la cerradura. Nadie revivirá en mí el pánico que tantas noches de mi vida soporté.